F
1232
.I917

Perez Martinez, Antonio Joaquin.

Sermon predicado en la Santa Iglesia Metropolitana de Megico el dia 21 de julio de 1822...

Puebla, 1839.

LIBRARY OF CONGRESS
1800

Class F1232

Book I917

SERMON

PREDICADO

EN LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA

DE MEGICO

EL DIA 21 *DE JULIO DE* 1822

POR EL EXMO È ILLMO. SR.

DR. D. ANTONIO JOAQUIN PEREZ MARTINEZ,

DIGNISIMO OBISPO DE LA PUEBLA DE LOS ANGELES:

CON MOTIVO

DE LA SOLEMNE CORONACION

DEL SEÑOR

D. AGUSTIN DE ITURBIDE,

PRIMER EMPERADOR

CONSTITUCIONAL DE MEGICO.

PUEBLA 1839.

IMPRESO POR JUAN N. DEL VALLE,
calle de Espejo núm. 6.

F1232
.I917

240144
17

17-23278

AL EXMO. SR. D. JOSE MARIA

TORNEL Y MENDIBIL,

ACTUAL MINISTRO DE GUERRA DE LA REPUBLICA:

DEDICA AFECTUOSO

ESTE ELOCUENTE DISCURSO,

SU RECONOCIDO AMIGO

Francisco Javier de la Peña.

ADVERTENCIA DEL EDITOR.

Llegada la época venturosa en que la Nacion ha honrado las preciosas cenizas del **HEROE DE IGUALA**, *que va á brillar en los fastos mejicanos hasta el último dia de los tiempos con la misma claridad que el sol por el ambito del mundo, es llegado tambien el dia de publicar este Sermon que honra no menos la memoria del Señor Yturbide que el respetable nombre de un Prelado que inmortalizó á esta ciudad, y cuyas piezas ora=*

torias ocuparán siempre un lugar preferente entre las mas elocuentes. Mejicanos, compatriotas mios, regad estas dulces, brillantes y encantadoras páginas con las lagrimas del dolor y de la gratitud, grabadlas con caracteres indelebles en vuestros sensibles corazones, y recordando los males que nos ha causado la **DISCORDIA**, *sea vuestra* **UNION** *la muralla fuerte é impenetrable donde se estrellen los esfuerzos de los enemigos de la* **INDEPENDENCIA** *y de la* **LIBERTAD.**

Certe videtis quem elegit Dominus, quoniam non sit similis illi in omni populo. Et clamavit omnis populus, et ait. Vivat Rex.

Bien veis al que ha elegido el Señor, y que no tiene semejante en todo el pueblo. Y clamó todo el pueblo y dijo. Viva el Rey.

Pas. del L. 1 *de los Reyes c.* 10 *v.* 24.

SEÑOR.

Ahora que estamos en calma: ahora que sonrojados los partidos, han desaparecido: ahora que las pasiones mas fogosas ceden el puesto á los blandos transportes del júbilo: ahora que V. M. ha jurado ante el Soberano Congreso que no hará el mal, sino todo el bien posible á la Nacion: ahora que ha confirmado ese mismo juramento, con otros no menos importantes, delante de Dios vivo, al pie de sus aras, entre ceremonias las mas santas y las mas augustas: ahora que ha sido ungido en nombre del Señor, coronado y entronizado, no para que se encorven bajo su cetro los súbditos que recibe, sino para que todos estén á su rededor, cual suelen estar los hijos al de su padre: ahora, en fin, que todo esto se ha hecho por un impulso uniforme, preternatural y espontáneo; sin efusion de sangre, sin pervertir el órden, ni cruzar otros derechos que los de la libertad y tranquilidad de V. M.; me parece que es llegado el tiempo de ecsaminar lo que valga en sí esa aclamacion universal, en virtud de la cual, Señores, de

la noche á la mañana quedó transformado en primer Emperador Constitucional de Mégico, el que tan estimado y tan necesario nos habia sido en la esfera de Generalisimo Almirante y Presidente perpetuo de la Regencia.

No desperdiciemos, pues, los instantes. Viva AGUSTIN I, viva el EMPERADOR: ¿No fué esto lo que pronunció el Ejercito? ¿No fué esto lo que repitió el pueblo, y lo que con maduro acuerdo sancionó el Congreso: *Clamavit omnis populus: Vivat Rex?* Pues ved ahí, os diré con el Profeta Samuel, ved ahí una eleccion racional y justa, una eleccion que tiene á su favor el voto del cielo:

Lo 1.° Porque Dios es quien la ha inspirado: *Certe videtis quem elegit Dominus.*

Lo 2.° Porque ha recaido en el hombre mas idóneo de la Nacion: *Quoniam non sit similis illi in omni populo.*

Hablaré, Señor, de V. M. y con V. M.; pero como no ha de ser sino en el lenguage puro de la verdad, para la cual están hechos particularmente los oídos de los príncipes, no tanto me considero en obligacion de reclamar de V. M. el sacrificio de su modestia; como el de su benigna atencion y su paciencia. Para el acierto, implorémos la gracia. Ave Maria.

SEÑOR.

§ 1.°

Una cosa es que el pueblo megicano se haya parecido en esta ocasion al pueblo de Israel, y otra muy diferente que pueda establecerse entre ambos un paralelo perfecto. Aquello es obra casual de las circunstancias, y esto sería un des-

proposito insigne de la ignorancia. Estarémos conformes en que asi como los Israelitas, émulos de las demas naciones, pidieron con terquedad un rey, y no pararon hasta obtenerlo; del mismo modo los megicanos, consultando á la dignidad de su rango, pero todavia mas á la situacion política en que su independencia los ha constituido, clamaron por un Emperador y se lo han dado efectivamente. Mas no, no pase de ahí la semejanza, porque el Rey concedido á los Israelitas, sin embargo de haber sido elegido por el Señor, no les fué dado sino como una especie de castigo, en pena de que antepusieron un gobierno meramente humano al teocrático que los Profetas habian ejercido; lo cual de ninguna manera conviene á los megicanos, cuyo Emperador puede lucir á la faz del universo como un presente que el Señor les ha hecho, tanto para remunerar sus pasados sacrificios, cuanto para precaver los desastres de que modernamente estaban amenazados: *Certe videtis quem elegit Dominus.*

¿Y qué sacrificios son estos de que yo hablo? Los hay, Señores, de todos generos, porque ¿cuáles no han tenido cabida, y cuáles no se han agotado en trescientos años? Unos miran á lo que los americanos han padecido en su reputacion, sea con respecto á las prendas del ingenio, rebajadas siempre en concepto de los extrangeros; sea con relacion á las costumbres, que por lo comun se les suponen paganizadas, ó desmoralizadas; y bien, que tales agravios les hayan sido sumamente dolorosos, no me encargaré ahora de ellos, en consideracion de que los contemplo ya bastante reparados con las luces que se han difundido en estos últimos tiempos: *Sat datum est doloribus.*

Otros sacrificios pertenecen al atraso notorio de las fortunas en todas las carreras y profesiones; y al decir esto, casi

me arrepiento de haberlo insinuado, porque ¿qué significa el semblante mustio de aquel literato, el aire pensativo de aquel militar, la mala gracia de aquel magistrado, la impaciencia de aquel labrador, el despecho de aquel comerciante, la holgazanería eterna de aquel y aquel menestral? Se lamentan unos de que su mérito se ha quedado obscurecido por falta de medios para hacerlo conocer á dos mil leguas de distancia: se quejan otros de no haber hallado protectores cerca de los dispensadores de las gracias: detestan otros el monopolio peninsular, como padrastro de las utilidades del tráfico; y los que menos, se entregan á una vergonzosa ociosidad, de la que hacen responsables á las esclusivas, á las prohibiciones y gravámenes que esterminaron la industria. Segun esto, ¿cual es en el estado la clase contenta? No dije bien: ¿cual es la que no esté devorada de amargos pesares? Pesares que han originado el disgusto; el disgusto el abatimiento; el abatimiento el tedio; el tedio la tristeza, y por último resultado la miseria universal, anegada en ese torrente de lágrimas que se han derramado por todas partes: *Sat datum est lachrymis.*

Aquí, Señores, yo no sé lo que me pasa :::: una mano invisible se apodera absolutamente de mi brazo, empeñada en conducirme ¿por donde? :::: ¡Jesus, que espanto! Por entre esas tumbas en que yacen tantos millares de victimas indígenas, robadas en menos de doce años al consuelo de las familias, y á la prosperidad de la pátria, por cuya libertad se sacrificaron. Me resisto, entro en lucha, estoy desprendido. Desaparece la sombra; y :::: Un gemido horroroso me recuerda que se trata de nuestros hermanos. Está bien; pero sino es bastante lo concedido hasta aqui á las exequias y al duelo: *Sat datum est funeri*; en este dia, por lo menos, forzoso es que

remitamos este artículo al catálogo de los males irremediables, para que no queden en olvido otros de no menor importancia.

¿Desmerecerá este concepto, esa frialdad inconcebible, ese indiscreto desvio, ese desaire escandaloso que acabamos de esperimentar del Gabinete Español, desechando nuestras mas generosas ofertas, no dignándose contestar á ellas, y ocupándose activamente de los reprobados medios de desconcertarnos, dividirnos, y perdernos? ¡Justo cielo! ¿Era esta la conducta que correspondia á nuestra consideracion y respetuosa deferencia? ¿Nos habiamos hecho dignos de tan humillante desprecio? ¿Se nos mirará siempre como hordas salvages, como aduares levantiscos? ¿Será, por ventura, este, el último sacrificio que haya de coronar nuestra paciencia? Amigos mios, vosotros los que habeis hecho algun estudio del corazon humano, acercaos á mí para decirme con franqueza, ¿si vísteis jamás que el hombre de bien capitulase con los deberes del honor, aun cuando guiado por otros principios, faltase á todo lo demas? Y si tanto cabe por virtud, ó por orgullo en las personas privadas, ¿qué no se debe temer del justo resentimiento de una nacion pundonorosa como la Americana, libre por otra parte, independiente y generosa? Apelo, desde ahora, á las que se precian de mas cultas en Europa, y deseo saber como se portarian en nuestro caso, cuando su delicadeza es tanta, que no digo un ultrage hecho á su pabellon; pero á veces una frase, una palabra, un paso mas ó menos, en etiqueta, les sirven de pretesto para rompimientos estrepitosos.

Entre tanto, que sé yo si está dada la señal del combate entre el Leon de Castilla y el Aguila del Imperio Megicano.

que sé yo, si puestos en conflicto, se desengañará el mundo de que la fiereza del primero hoy dia está reducida á una reputacion gastada y consumida por el tiempo; mientras que la juventud de la otra, año por año se renueva, y puede señorearlo todo por la superioridad de su vuelo: que sé yo, para decirlo de una vez, y para espresarlo sin figuras, si estamos todavia destinados á recibir la ley de los que, en caso de dárnosla, nos obligarían á mayores sacrificios; ó si esta aurora que nos alumbra es ya tan despejada que disipe hasta las últimas sombras de nuestros temores. Si esto fuere un problema, no serán, á fé mia, los psendo-politicos, los que tengan el honor de resolverlo; pero si ha de ser como me parece mas natural el resultado de los pasados acontecimientos, entremos, Señores, en este breve ecsámen. El que ahora es Emperador, ¿hará menos por conservar la libertad de su pátria, que lo que ejecutó de primer gefe del ejército, para hacerla independiente? El que ahora ciñe sus sienes con diadema de honor y de gloria, ¿hará menos que lo que hizo de Generalísimo, en favor de sus Conmilitones, perpetuando de una manera brillante la época de sus servicios, y premiándolos, á veces, hasta mas allá de su espectacion y de sus deseos? El que ahora empuña el cetro, símbolo de la estension y firmeza del mando, ¿hará menos que lo que hizo de Almirante para que tuviesemos puertos, escuadras, acta de navegacion, franqueza en el comercio y prosperidad en la industria? El que ahora ocupa el Trono, puesto sublime desde el cual todo se registra, ¿hará menos que lo que hizo de Presidente de la Junta Soberana y de la Regencia, en beneficio de la Religion, de la Iglesia, de sus Ministros, de los Conventos, de los Colegios y de todos los ciudadanos de cualquiera Nacion,

de cualquiera calidad, con tal que de algun modo fuesen recomendables? Una, Señores, debe ser vuestra respuesta, y ya oígo que de comun consentimiento me decis: esperamos que hará efectivamente mucho mas, y por eso le miramos como un regalo del Omnipotente. Enhorabuena; pero si eso arguye que su eleccion ha sido inspirada por Dios, autor de todos los bienes; se confirma mas ese concepto, atendiéndo á que con ella se precavieron los grandes males que nos amenazaban: *Certe videtis quem elegit Dominus.*

Suelen lamentarse los oradores mas acreditados de que no les sea familiar en ciertos casos un pincel varonil y un colorido brillante para dar á sus imágenes ó la espresion, ó la gracia que escasamente puede comunicarles el raciocinio; y ved ahí, Señores, unos socorros, que yo no despreciaría, pero que en el momento me serían superfluos, siendo vosotros los que en prosecucion de mis rasgos, debeis acabar el cuadro. Aprocsimemos los hechos: todo iba bien, mientras que prudentemente se congeturó que la Corte de Madrid, consultando á sus verdaderos intereses, mas que á los nuestros, suscribiría gustosa al Tratado de Cordova, á ese Tratado singular en su género, y en el que el amor, la fraternidad, la gratitud, la consideracion y el respeto compitieron á porfia, para no dejar que apetecer ni á la dinastia reinante, ni á ninguno de los Españoles. Pero todo fué mal, y de momento en momento se puso peor, desde que se supo que el Gabinete Español proscribió aquel Tratado, lo anuló, y tuvo la flaqueza de desconocer en la persona sensata que aquí representaba sus derechos, la autoridad mas absoluta de que la habia revestido.

Desde entonces, ¿qué nombre darémos á esos partidos opuestos, que, con detrimento de la comun felicidad, dividie-

ron la opinion y la estraviaron? Los Borbonistas ciegos á la luz y sordos á la voz de los desengaños, que de dia en dia arruinaban mas sus esperanzas, ó guardaban un silencio misterioso, ó no hablaban sino para reprobar cuanto con aquel nombre no se marcase. Los Iturbidistas contaban con el voto general de la Nacion; pero eran timidos para explorarlo, poco felices en la eleccion de los medios, y del todo inespertos para aorillar el final pronunciamiento. Entre los republicanos, ¡cosa rara, pero verdadera! habia muchísimos que ignoraban el significado de lo mismo que aplaudian, y no eran pocos los que en ese género de gobierno amaban por tradiccion vanos simulacros de felicidad, y por interés propio el predicamento que mas adulaba á sus pasiones. Los optimitistas, disputadores eternos, en nada se fijaban; pero sin hacer ángeles á los súbditos, querian dioses que los gobernasen. En esta contienda, todos se habian quitado la máscara, todos eran atletas, todos tenian apologistas y antagonistas, á todos servia maravillosamente la prensa, todos transmitian sus encontradas ideas á las provincias; cada uno creíaque tenia á su devocion el ejercito, y ninguno desconfiaba de hallar protectores en el Soberano Congreso. ¡Dios bueno, santo y eterno! Mucho terror nos causa una de esas nubes de verano, que voltejeando entre vientos contrarios, se condensa, arrojando un diluvio de agua y otro de piedra, entre relámpagos, truenos y centellas que hacen el espectáculo mas pavoroso; pero, en fin, pasageros son sus efectos, vuelve el corazon asustado á su centro, y el placer renace con la calma. Mas la division intestina de nuestro imperio, debiendo acabar, como la de cualquier otro reino, por su desolacion y esterminio; pensadio,

Señores, y estremecéos, ¡qué de agonias y de muertes no nos hubiera acarreado en cada una de sus convulsiones!

Numérenlas los que conocen el génio de la anarquía, y saben los estragos que ella ha causado en el mundo. Envueltos nosotros en su horrores, ¡ay de mí! la hazada se habría caido de las manos al labrador, y en lugar de mieses, cosecharíamos abrojos: el artesano fugitivo abandonaría su taller, y se tornarian en privaciones las comodidades que nos procura: emigrarían á regiones pacíficas las ciencias y las artes, dejándonos por via de espolio la mas estúpida ignorancia: el comerciante vería salir usurpadas las mercancias que no introdujo en su casa, sino á fuerza de grandes afanes: el hombre opulento sería asesinado al tiempo mismo de perder su tesoro: gavillas de bandidos reemplazarían al ejército; los magistrados no podrian reprimir el desórden, una vez entronizado: mudaría de formas y de nombre el alto gobierno, pero bajo de cada uno sería mas impotente; y entre tanto que las esposas del Cordero se irian secando de hambre en el claustro, es de temer que á los ministros del culto se disputase hasta la facultad de gemir en los ángulos mas recónditos del Santuario. No está dicho todo: á estas calamidades se añadiria el escarnio y la burla de los estrangeros, los cuales mirando nuestras cuitas, y el estado lastimoso á que se vería reducida esta Capital, esclamarian con razon: ¿Son estos los frutos de la independencia, de una independencia procurada con tanto ardor, y alcanzada con tanta felicidad? ¿Es este el paradero de aquella grande y hermosa Ciudad, cuyo solo nombre regocijaba otras veces á todo el mundo: *Hecccine est urbs perfecti decoris, gaudium universae terrae* (1)?

Acusadme, Señores, si quereis, de que os he entretenido con

reflecciones demasiadamente melancólicas; pero ¡ah! si ellas son justificadas, ¿no deberán ser muy sincéras y muy profundas á su turno, nuestras acciones de gracias al Todopoderoso, porque hizo que en los momentos mas apurados se reuniesen los ánimos para elegir un hombre, que igualmente fuese el portíllo de nuestra felicidad, y el muro fuerte en que se estrellase el torrente de males en que ibamos á sumergirnos? En realidad, todo lo adverso enmudece y todo lo favorable cobra nuevo aliento y se hace parlero, desde que aparece sobre la escena, revestido de la dignidad imperial, este hombre estraordinario. Mirándolo, pues, como al portillo de nuestra dicha, adornémoslo con tablas de cedro, que vinculen nuestra gratitud: *Si ostium est, compingamus illud tabulis cedrinis;* y considerándolo como muro que haga frente á nuestros males, coronémoslo con almenas de plata, de las que pendan otros tantos emblemas de nuestra confianza: *Si murus est, edificemus super eum propugnacula argentea.* Recaerán juntamente sobre este duplicado título nuestras aclamaciones: *Vivat Rex;* pero queden otras de reserva para festejar á nuestro Emperador, cuando veamos que para un cargo tan eminente, no habia entre nosotros sugeto mas idóneo: *Quoniam non sit similis illi in omni populo.* Esta es la materia del segundo punto.

§ 2 °

Como niño de un año, por la inocencia de sus costumbres, por la humildad y pureza de su corazon, nos dice la Escritura que era Saul, cuando comenzó á reinar en Israel. Juntaba á la belleza corporal y á una estatura prócera, la mansedumbre, la prudencia, la posesion de sí mismo y las demas

prendas que correspondiendo á la eleccion del Señor, presentaban para el gobierno un Monarca sin semejante: *Quoniam non sit similis illi in omni populo.* ¿Y se creerá que enmedio de eso pudiese tener enemigos; que los tuviese desde el momento de su ecsaltacion, y confundidos tal vez con los mismos del pueblo que clamaban: *Viva el Rey?* Pues nada era mas cierto: cupo esa desgracia á los hijos de Belial; le rehusaron los honores que le eran debidos, se negaron á los presentes que los demas le tributaban, y por una contradiccion monstruosa, despues de haberse atrevido á pedir un Rey, controvirtieron la capacidad de serlo, á aquel mismo que Dios les habia dado: *¿Num salvare nos potuerit iste?* ¡Oh Agustin! ¡Quiera el Cielo que yo me engañe, previendo que sin culpa vuestra, os hallais en el propio caso! La santidad del Ministerio que ejerzo me autoriza para no recataros este amargo desengaño, de que podeis sacar grandes ventajas, sin que por eso me propase á aconsejaros ni que os hagais disimulado como Saul, ni que desde luego tomeis las medidas mas adecuadas para haceros respetar. A otros incumbe ese cargo, y del mio únicamente será recorrer las virtudes principales que se desean en los Héroes modernos; porque ello, Señores, es cierto que si descubro concretadas, como seguramente lo están en nuestro Emperador, de una manera singular, la piedad cristiana, la civilidad ilustrada, el valor denodado y la política mas consumada, no harán falta las demas calidades que pudieran recapitularse, para que todos confiesen que este Génio superior y estraordinario, exclusivamente debia ser elegido para que el Sólio Mexicano se viese dignamente ocupado: *Quoniam non sit similis illi in omni populo.*

Piedad Cristiana. He aquí un nombre que en el diccionario de ciertas gentes equivale á pusilanimidad, ó mengua de espíritu. Al oír que por él se comienza el inventario de las virtudes de un Emperador, harian burla de nosotros aquellos filósofos que no hallando en que poder fincar el heroismo, lo han vinculado vagamente en la fuerza del ánimo; fuerza que jamas definen, pero que nos la quieren dar por autora de las acciones heroicas, cuyo mérito ciertamente no depende del esplendor, ni de la pompa. Preguntémosles, no obstante, con un Santo Padre, ¿si juntos todos los esfuerzos de la filosofia, produjeron jamas un hombre del temple de Abrahan, ó de otro de los justos señalados por su piedad? Y si dicen que no, lo que se conocerá si eludieren la respuesta con vanos subterfugios; estémos seguros de que aquel mortal será mas á proposito para reinar sobre sus hermanos, que mas desinteresadamente los amare, y mas los amará el que tuviere mejor entrañada en su corazon la reverencia que debe á Dios, como al que dá y quita los imperios, y ante cuyo divino acatamiento todos los hombres, sin esclusion de los potentados, son todavia menores que una langosta. Glorifiquémos, pues, al Señor porque hizo nacer á nuestro Emperador de unos progenitores que con la leche le inspiraron la piedad, esta piedad sólida que nunca ha desmentido: glorifiquémoslo, porque le proporcionó unos preceptores que ante todas cosas fortificaron en su alma la Religion Católica, esta Religion pura é inmaculada, á cuyos enemigos no ha dado la menor ventaja: glorifiquémoslo, porque le concedió una Consorte, que formada por los mismos principios, realzó con sus virtudes las otras prendas de que liberalmente fué dotada: glorifiquémoslo, porque le ha dado el placer de ver á sus hijos á

semejanza de los renuevos de oliva, sentados junto á sí y coronando su mesa: glorifiquémoslo, en fin, porque en la brillante, pero muy peligrosa carrera á que lo llamó, alternando las satisfacciones con los pesares, le ha hecho conocer la frivolidad de cuanto embelesa á las criaturas, y le ha hecho sentir el vacio inmenso que esperimenta el corazon, entretanto que no posee, al menos por la piedad, al Bien incomunicable y eterno que únicamente es capaz de saciarlo.

Civilidad Ilustrada. Tiene de mas apreciable la general que todos admiran en nuestro Emperador, que ha seguido constantemente la progresion de los conocimientos del siglo, sobreponiéndose á las preocupaciones que obstruyen los veneros de la felicidad pública. Se diría que ha encontrado el secreto de dividir su grande alma, observando con una parte los mejoramientos que caben en el suelo natal, investigando con otra lo bueno y mejor que se hace en los estraños, y reuniéndola de nuevo para que toda entera se dedique á procurarlo. En razon de Militar, ¿qué puede ignorar de la organizacion de un ejército que es su criatura, ni del mérito que respectivamente hayan contraido todos los que lo componen? Como Hombre de Estado, abarca en su totalidad los negocios, hace que se toquen los estremos distantes, contemporiza con el génio de los aliados, establece los principios mas seguros, y en la práctica se decide siempre por consecuencias indefectibles. Como Magistrado, hiere de pronto las dificultades, indaga la ley, la respeta y sin desaire de la justicia, procura atemperarla con la equidad. Como Economista, ¡oh, y qué de veces hubiera desmontado la antigua máquina de la administracion pública, subrogando otra menos complicada y dispendiosa, si los agentes inmediatos, interesados en

la continuacion de los desórdenes, industriosamente no los hubieran hecho imprescriptibles! ¿Pero les valdrán siempre sus amaños? Eso es lo que no debemos temer, conociendo el Emperador cuanto influjo han tenido, y cuanto están teniendo en las presentes angustias del erario.

Valor Denodado. Suministren perentoriamente las pruebas, no á nosotros, sino al resto del mundo, los Llanos, los Cruces, los Venegas, los Callejas, los Apodacas, los Novellas, los Dávilas y cuantos otros admiraron en las campañas antiguas y modernas de nuestro Emperador esa frescura de sangre para calcular, y esa velocidad del relámpago para ejecutar, que siempre se desean, y que no siempre se encuentran en los que pasan por mas espertos Generales. Pero hablando de buena fé, ¿serán fieles en la relacion de los últimos sucesos estos testigos que yo invoco? Aquí estamos, dirán á su Corte, los que cediendo á la fuerza moral, y respetando despues la fisica, no pudimos conservar para España, los vastos dominios de que estabamos encargados. Nuestras huestes uniformadas, armadas y pagadas, eran formidables, asi como las amenazas y el terror que difundiamos por todas partes; entretanto que nuestro Competidor, lleno de jovialidad y de dulzura, universalmente convidaba á la paz y se dirigia á su término con un puñado de hombres inérmes, desnudos, y por lo común famélicos. A fuerza de autoridad y de violencias, levantábamos nuestras tropas que reforzasen las lineas y cubriesen todos los puntos de defensa; mientras que la seduccion y el miedo separaron del lado de nuestro antagonista á muchos de sus primeros reclutas, dejándolo en campo abierto, cercado de peligros. Entónces fué cuando su valor ó se aumentó, ó desplegó su mayor energía: jornadas incompre-

hensibles, reiteradas intimaciones, negociaciones pacíficas, capitulaciones honrosas lo fueron coronando de triunfos, sin que pudiese marchitarse una sola hoja de sus laureles, ni con las imposturas indecentes que haciamos circular por medio de la prensa, ni con las medidas bien concertadas que tomábamos para que el acero, ó el tósigo pusiesen fin á su ecsistencia. Por fin él ha vencido, ha triunfado, ha señoreado el Septentrion Americano, y es menester confesar que por lo menos allí es el hombre sin semejante.

Consumada Pólitica. Estoy por afirmar que no necesitaron tanta los antiguos conquistadores para llevar al cabo sus empresas, ni los monarcas para desempeñar las obligaciones de sus Estados: los unos todo lo sometían á la fuerza de las armas, compeliendo muchas veces á los hombres á que fuesen felices, y los otros aun en los mayores apuros de las campañas, no necesitaban de pedir socorros, siendo prevenidos sus deseos por la liberalidad de unos patricios que no lo eran de puro nombre, y por la generosidad con que las damas les presentaban sus joyas y mas preciosos adornos. Megicanos, ¿se os han olvidado estos rasgos? ¿Por qué no se repiten entre nosotros? Ciudadanos ha habido que hicieron, desde luego sacrificios dignos de eterno reconocimiento; pero los demas en quienes se confiaba, y de quienes con fundamento debía esperarse que contribuyesen á consolidar la libertad é independencia de su pátria, quisiera saber ¿qué es lo que han hecho? Se lo dejaron todo al Grande é inmortal Iturbide, y este Campeon infatigable que presentando en una mano el Tratado de Córdova, y en otra las llaves de Mégico, tenía derecho á que se le erigiese una estatua, cuyo pedestal fuera la gratitud de todos los Americanos; no bien se enjuga el sudor de la cam-

paña, no bien reposa de la pasada fatiga, cuando tiene que asegurar el logro de su empresa, luchando con estorbos y ificultades que solo pudieron superar los últimos refinamientos de la política.

¿Se había de instalar prontamente una Junta Soberana, gubernativa, cual pedian las circunstancias? ITURBIDE mucho antes habia señalado los miembros, advierte que se equivocó en algunos, los reemplaza, y tiene la desgacia de que no todos correspondan á su confianza ¿Se habia de nombrar una Regencia? ITURBIDE hará el sacrificio de presidirla, contando con las luces de un compañero (2), que tambien era su amigo; pero la muerte se lo arrebata. ¿Se habia de dar al Ejercito un Generalísimo, y un Almirante á la Marina? ITURBIDE se resignará con estos cargos, ominosos á su salud y esterminadores de su reposo. ¿Se habian de convocar luego las Córtes? Dará ITURBIDE la norma que para el bien de la Nacion juzga mas adecuada, aunque vea con sentimiento que en lo principal la altere la Junta. ¿Se habia de premiar el Ejército con distinciones y grados? ITURBIDE inventa el Blason y forma los reglamentos. ¿Se habian de conceder á los individuos beneméritos de todas las clases del Estado condecoraciones remuneratorias de sus servicios? ITURBIDE crea la Imperial Orden Megicana de GUADALUPE. Concluyamos con lo mas importante: ¿Se necesitaban caudales inmensos para embarcar las tropas espedicionarias, mantener las del Imperio y pagar á sus empleados? ITURBIDE renuncia sus sueldos, recauda y economiza los fondos públicos, pide empréstitos, y empeña su palabra de honor, su amistad y su firma, para lo que tal vez no alcanzen las garantias del gobierno. Me engañé, Señores, creyendo que se hacía to-

do esto con solo la política, y ahora observo que todo ello demanda un conjunto de virtudes y de talentos que únicamente podian hallarse en un hombre á todas luces estraordinario: *Quoniam non sit similis illi in omni populo.*

Tal sea la leyenda con que se adornen, en adelante, los bustos y medallas de nuestro Emperador. Mas no se turbe, Señor, vuestro corazon, acordándoos del fin trágico de Saul (3), por quien comenzó un elogio tan magnífico. Lo reprobó Dios, es verdad, abrevió el tiempo de su reinado, y permitió que la desesperacion y el suicidio pusiesen fin á su ecsistencia: ¿mas esta desgracia, por qué fué? Por su inobediencia al precepto divino que por un Profeta se le habia intimado; en lugar de que vuestro santo temor al Señor, la obediencia que prestais á su Iglesia, el respeto y veneracion con que tratais á sus Ministros, os prometen unos dias tan llenos como los de David; y si vuestro Imperio, por la instabilidad de las cosas humanas, no fuere tan pacífico como el de Salomon, no impedirá eso ni que vuestra eleccion se halle justificada en presencia del cielo y de la tierra; ni que afirmado por vuestras virtudes sobre ese trono, tantas veces resistido, tengais el placer de no haberlo escalado por la usurpacion, ni estar ocupándolo despues de haber hollado con fiera altaneria la sangre de vuestros semejantes (4). Y vos, Señora, que acabais de contraher todas las obligaciones que son inseparables de los altos honores que la Nacion y la Iglesia os han dispensado, retribuid tanta merced al que es orígen y primera fuente de todos los Dones, con esta humildad de corazon, con esta pureza de intencion, con esta modestia de costumbres, con esta beneficencia para los súbditos del Imperio, que atrayendo sus bendiciones sobre Vos, y sobre toda la Imperial Familia, su

prosperidad sea tanta, que por largas generaciones no solamente nos ahorre el trabajo de pensar en otra dinastia, sino que acarreándonos la felicidad temporal, por su buen uso, nos proporcionemos para los inefables goces de la Bienaventuranza, á donde nos conduzca el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Amén (5).

NOTAS DEL EDITOR.

---

(1)

Por una desgracia, digna de llorarse sin intermision, se han cumplido casi al pié de la letra todas las predicciones que contiene este elocuente párrafo: el Señor Perez al describir los horrores de la anarquía, lo hizo con tanta valentía y precision como el nunca bien ponderado Ciceron. Destronado el Señor Iturbide, tiraron la máscara las facciones, de dia en dia han redoblado sus criminales esfuerzos, y aun no están extinguidas: tiempo es ya de que todos los megicanos sacrifiquen en las aras de la patria sus recíprocos resentimientos, y uniéndose cordialmente, dén lugar á que la Nacion exángüe, pobre y abatida, se reanime, y ocupe el brillante lugar que le proporciona su inmenso, rico, hermoso y fertilísimo territorio. Mégico es sin duda ninguna el Paraiso del mundo, y en veinte años de paz llegará á un grado inconcebible de

prosperidad; pero si las facciones continúan devorándolo, se hunde en un abismo sin fondo, y es menester dar un eterno á Dios á la Independencia y á la Libertad. Union, megicanos, Union y mas Union, y nada hay que temer. Desechémos al perveso, sea quien fuere, y metámonos en el corazon al hombre justo, sábio y útil, y de este modo serémos felices interiormente, y respetados de todos los Gabinetes; cerrarémos para siempre las puertas de Jano, y las naciones mas dichosas envidiarán á un país que nada tiene que desear, pues Dios prodigó á manos llenas en esta lindísima region sus mas magníficos dones.

(2)

El Exmo. Señor Don Juan O-Donojú, dignísimo del eterno reconocimiento de la nacion megicana.

(3)

El Señor Perez no solo fué un escelente orador, sino un insigne político, y vislumbraba la catástrofe de 19 de Julio de 1824, de eterna ecsecracion y dolor. El sepulcro es el muro en que se estrellan las pasiones: el Señor Iturbide cometió grandes errores, ó se le hicieron cometer, que es lo mas cierto; pero ninguno negará que fué el LIBERTADOR de su patria. La ley atroz que lo condujo al sepulcro era digna de Syla ó Robespierre, y no de los dulces y sensibles megicanos. Por mas de dos lustros fué Mégico teatro de crímenes y horrores inútiles, y el Señor Iturbide, en menos de siete meses, con la espada en una mano y la oliva en la otra, lo hizo independiente. ¡Ojalá que nunca se hubiera separado

de la justicia, ni adornado sus sienes con otra corona que la de sus inmortales triunfos! Entónces no hubiera sido desgraciado, ni nosotros infelices.... ¡Iturbide!..... ¡Iturbide! ..... Tu nombre enternece mi corazon, y jamas, no, nunca dejaré de derramar lágrimas sobre tu tumba.... ¡Padilla!.. ... ¡Padilla!....¿Quién me concediera echar un negro borron sobre el punto que ocupas en todos los mapas del vasto globo?.... ¡Megicanos! ..... ¿Es posible que esta haya sido la suerte del HEROE DE IGUALA?.... ¡La muerte, y una muerte tan injusta, inesperada y cruel, el premio de sus grandes servicios!.... El marmol y el bronce, la elocuencia y la poesía, la historia y todas las nobles artes deben eternizar su memoria, erigiéndole en el templo Metropolitano, donde recientemente se han trasladado sus cenizas, un suntuoso mausoleo: su estatua debe ocupar el lugar de la de Carlos IV y hacerse de oro: su familia volver al país natal, y no sollozar todos los dias, como los Israelitas en las riberas del Jordan, acordándose de su amadísima patria. Seamos justos y agradecidos, de lo contrario, las naciones cultas nos tendrán por los hombres mas bárbaros del mundo, y la posteridad nos cubrirá de oprobio.

(4)

El Señor Iturbide pudo haberse sostenido en el trono mucho tiempo, ó no haber descendido de él, aunque se hubieran derramado arroyos de sangre; pero una sola gota del último megicano pesaba mas en su corazon que todas las coronas del mundo, y las esposiciones de las Juntas Provinsiales, que todas se habían pronunciado por el Plan de Casa Mata, le hicieron creer que la nacion estaba disgustada de

su elevacion; por lo que antes de que el Congreso decretára su expatriacion, la pidió él mismo, para no dar asidero ni pretestos á los partidos que se disputaban el mando, y dejar á aquella en plena libertad de constituirse: le sobraba valor, y aunque la tempestad bramaba horrorosamente, la voz del Gefe del Ejército Trigarante era demasiado sonora, y tal vez habria bastado, para que las tropas pronunciadas no hubieran dado apoyo á las pretensiones de ingratos y criminales disidentes, que engolfados en el proceloso mar de la revolucion, no pudieron resistir sus tormentas; siendo indisputable que los Casas Matistas quedaron burlados en sus esperanzas y no consiguieron sus fines, sin duda ni rectos ni patrióticos, pues algunos de ellos conferenciaron con Lemaur en el Castillo de Ulúa, y quien sabe que acordarían privadamente. Si el Señor ITURBIDE no permaneció en Italia, fué porque el gran Duque de Toscana veía con ceño que habitára en sus Estados, y no sin riesgo, pudo salir de ellos y venirse á Inglaterra, segun refiere Torrente, historiador español, irrecusable en este punto, aunque bastante parcial en otros. Si en Julio de 1824 regresó á su patria, fué porque creyó que su presencia reuniría en una sola opinion á todos los megicanos, que estaban espuestos á ser invadidos por la Liga Europea, llamada Santa por antifrasis, y cuyas miras nunca serán favorables á las Repúblicas americanas: nada consiguió, sin embargo de haberse presentado solo y desarmado, mas de una muerte injustísima, pero gloriosa, pues bajó al sepulcro con la serenidad que inspira una conciencia libre de remordimientos, y pocos momentos antes de espirar, al frente de las balas, con la resignacion de un verdadero cristiano, que no desmaya en los mas grandes infortunios, dirigió á sus queridos

compatriotas la siguiente despedida, que ningun megicano podrá leer nunca sin empaparla en lágrimas, vertidas justamente por un héroe que colocó á su patria en el catálogo de las naciones independientes, y cuyo nombre á despecho de los inútiles esfuerzos de las pasiones mas degradantes, recordará en todas las edades tan singular é inapreciable servicio: al morir no se miente, se habla el idioma del corazon, como lo demuestran estos sencillos renglones:

„Megicanos: En el acto mismo de mi muerte os recomien-
„do el amor á la patria, y observancia de nuestra Santa Re-
„ligion, ella es quien os ha de conducir á la gloria. Muero
„por haber venido á ayudaros, y muero gustoso porque muero
„entre vosotros Muero con honor, no como traidor: no que-
„dará á mis hijos y su posteridad esta mancha; no soy trai-
„dor, no. Guardad subordinacion y prestad obediencia á
„vuestros gefes, que haciendo lo que ellos os mandan es cum-
„plir con Dios; no digo esto lleno de vanidad, porque estoy
„muy distante de tenerla."

(5)

Los poseedores de los muchos sermones inéditos del Señor Perez harian un señalado servicio á la literatura nacional, invitando á una suscricion para darlos á la prensa: diariamente suda esta con producciones bien medianas, muchas veces insustanciales, no pocas perniciosas; y escritos hermosos como la luz, dulces como la miel, y que dan honor á nuestro país, yacen cubiertos de polvo en una que otra biblioteca. En fines del siglo pasado murió en esta Ciudad el Dr. Don Francisco Javier Conde y Oquendo, natural de la Habana y

Canónigo de esta Santa Iglesia; acaso fué el mejor orador americano de ese siglo y de los precedentes, y no se imprimió mas de uno ú otro de sus sermones, ecsistiendo hoy muy pocas colecciones manuscritas: lo mismo ha sucedido con varias composiciones de otros sábios, y sucederá en lo sucesivo si no se hacen diligencias para darlas á luz. No es dudable que muchos poblanos contribuirán gustosos para la publicacion de las obras de un paisano suyo, honra de la literatura y del episcopado, y cuya memoria quedará mas esclarecida con este sencillo monumento, que la de los pretendidos héroes, que ocupan largas páginas en la historia, por crímenes reprobados por la moral menos rígida. Desde su juventud anunció el Señor Perez lo que habia de ser con el tiempo, y si en edad provecta fué el mas precioso ornamento de la iglesia megicana, tambien brilló en la sociedad como el resplandeciente lucero en el espacio lóbrego de los cielos. España, la culta y sensata España, respetó en las Córtes generales y extraordinarias de 1810 al sábio diputado de la Puebla de los Angeles (*), se hizo acreedor á la amistad y consideraciones de sugetos muy distinguidos, y mereció el aprecio y confianza del Soberano. Poseía en grado eminente un cúmulo de prendas fisicas y morales. Hermoso, risueño, bizarro, dulce, humano, complaciente, pólitico, accesible á toda clase de personas; por lo que fué generalmente amado en sus dias, y llorado sincéramente despues de muerto. La paz fué el distintivo de su vida pública y privada, por la paz anheló siempre, y un Dios manso, misericordioso y clementísimo, le ha de haber conce-

---

(*) *Nació el Sr. Perez en ella el* 13 *de mayo de* 1763, *y murió en la misma el* 26 *de abril de* 1829.

dido la eterna, segun espresa el siguiente bellísimo terceto, que decoraba uno de los lugares del Catafalco que le consagró su Esposa la Santa Iglesia Angelopolitana en las ecsequias acostumbradas; terceto digno de los Melendez, Quintanas y Listas, y en él que el autor patentizó su talento y melifluidad:

Amó la Paz, y el Ser Inmenso dijo:
Al recibir la muerte sus despojos,
Vuela Angel de la Paz, cierra sus ojos.

LIBRARY OF CONGRESS
0 015 833 140 8